

MAPOCHO



Nº 24

SANTIAGO DE CHILE

ENERO 1973

Fundador : GUILLERMO FELIU CRUZ

Director : JUVENCIO VALLE

Secretario Redacción : BRAULIO ARENAS

EL TINTERILLO

En el copioso haber intelectual de Juan Egaña cuenta la publicación, en 1819, de las doce entregas agrupadas bajo el nombre de "Cartas Pehuenches".

Su consulta ha sido facilitada por la reedición que hiciera nuestra Biblioteca Nacional (1958), en la Colección de antiguos pe-

riódicos chilenos.

Constituyen estas Cartas, como se sabe, un conjunto misceláneo de advertencias, reflexiones, críticas y comentarios de esos primeros tiempos de la República, además de algunas tentativas de imágenes costumbristas, todo esto debido a la pluma de Egaña.

Ahora bien, en la Carta segunda (que ocupa las entregas 2 y 3), nosotros hemos creído advertir un relato coherente —digamos, una obra de creación literaria—, fácilmente destacable del resto de los otros textos que componen el cuerpo de las “Cartas Pehuenches”.

No titubeamos en atribuir a este relato, que el lector leerá a continuación, las características que lo configuran como el primer cuento chileno publicado, muy lejano en fecha de los otros de Bello y Lastarria, a los cuales se les otorga semejante primicia por parte de los historiadores literarios.

Añadamos que el título: “El Tinte-rillo” (que hemos osado conferirle), nos parece que es el que mejor resume el argumento de esta triste y kafkiana historia.

B. A.

Amigo querido: vengo de llenar en este momento el triste deber de acompañar el entierro de un honrado y benemérito ciudadano víctima de las desordenadas formalidades sociales. Este buen hombre (que ha sido un año huésped de mi amigo Andrés), a esfuerzos del más intenso trabajo y severa economía pudo adquirir veinte mil pesos, con los que esperaba el descanso y subsistencia de su virtuosa y crecida familia. Con este objeto redujo a dinero el valor de todas sus propiedades, y compró un precioso buque de las frecuentes presas que hacen los corsarios de Chile; le aprestó y cargó de efectos nacionales que debía conducir al Brasil; pero en el mismo día, y casi en la hora de hacerse a la vela, se le suscitó el más enredoso y funesto pleito, que al fin ha dado con su cuerpo en el sepulcro.

Entre las propiedades que vendió fue una pequeña casa que habitaba con su familia (compuesta de dos hijos y una hija) un hombre sin formal destino, que había ocupado toda su vida en los zaguanes de los tribunales. El comenzó su carrera por lacayo de un

abogado, y se hizo bastante práctico en llevar y traer papeles a las oficinas y casas de los litigantes; pasó después a agente de un procurador; estuvo algunos años de amanuense de un escribano, y llegó últimamente a suplir seis meses de portero de un tribunal subalterno. Con tal larga carrera estaba práctico en todas las astucias y pequeñas maniobras con que se dejan engañar los jueces, se estafa a los litigantes y se protege a los fascinosos. Ya no le faltaban recursos con que comprar los jueves un formidable pescado, cuya mitad se divisaba arrastrando por el suelo; compraba las primeras legumbres y frutas que salían a la plaza en la primavera, y jamás faltó en su casa la mejor chicha nueva que precedía a las vendimias. Estaba muy práctico en formar una rebeldía, o escrito de término, y sabía ocultar oportunamente autos y papeles, entretener y desesperar a los infelices litigantes que no le sufragaban algún dinero por su hallazgo; por sus omisiones se habían sacrificado y pasado los términos legales a la reclamación de mil derechos, y se hallaba capaz de suplir y dar cuenta de una visita de cárcel. Jamás pagó deuda que hubiese contraído; y ya en los pleitos en que fue demandado por escrituras públicas y ejecutivas, lejos de conseguir sus acreedores algún pago, se tuvieron por felices entregando de su bolsillo la mitad de lo que le demandaban, a fin de que los libertase del inmenso caos de enredos en que los tenía abismados.

La hija era una mocita que antes de los veintitres años, había ya seguido (bajo la protección de su padre) cuatro demandas de estupro, y obtenido y mejorado los recursos de la familia con tres de ellas. Los dos hijos, que eran patriotas al molde de los infelices tiempos de la primera revolución de Chile, tenían la satisfacción de no haber faltado jamás en la plaza a ninguna poblada indicada u ocurrida, y que al esfuerzo de sus gritos e impudencia, consiguieron hasta dos veces que se despojasen con ignominia funcionarios muy beneméritos, y se confiriesen honores y

empleos a personas capaces de poner la República al borde de su ruina.

Te prevengo que encontrarás en esta relación muchas experiencias e ideas enteramente desconocidas en nuestro Butal-mapu, y que sólo podrá explicarte el mestizo Fabián, pues no encuentro en nuestro idioma y en nuestras costumbres palabras con que acomodarlas a tu inteligencia.

El honrado Martín (este es el nombre del infeliz de quien había comenzado a hablarte) fuese por temor, o por generosidad, jamás les había cobrado un real de arriendo por su casita, y cuando trató de venderla, les previno que en lo sucesivo deberían entenderse con el comprador. En vano fue que esta gente moviera todos los resortes de su intriga y chicanería para impedir la venta; últimamente echaron mano del que creyeron más eficaz. Presentóse la mocita Feliciano (así se llamaba) con todo el ajuar de los días de seducción, inundada en lágrimas, y con los mas modestos pero ardientes transportes, manifestándole que el conato que principalmente ponía para que se suspendiese aquella venta era un empeño irresistible de su corazón por no dejar de ser su inquilina. Martín se resistió con política y fría severidad, hasta que desesperanzada se retiró a depositar en el seno de su padre y hermanos todo el furor que le inspiraba la desatención a sus gracias.

Ya no se trató de suspender la venta, sino de tomar una venganza que escarmentase al resto de los mortales para no desatender los empeños de un aprendiz de curial. Los pareceres fueron diversos: Feliciano opinaba porque se acechase de noche y se le descargase una formidable paliza; pero el padre no encontraba en esto una seguridad provechosa, y los hermanos recelaban no salir tan incólumes como en las pobladas. Ellos fueron de dictamen que lo más seguro sería acusar a Martín de godó, teniendo a su favor el testimonio de varios amanuenses, que le oyeron resistirse al convite que se le hizo para concurrir a la plaza a pedir una contribución de

ocho millones, y que se repartiesen los terrenos de los grandes propietarios. El astuto y experimentado padre reunió los votos y resolvió la cuestión con el siguiente aviso. —Hijos míos: los palos presentan peligros, y no ofrecen provecho ni notoriedad en nuestra venganza. También han pasado los días en que un calumnioso chisme, o el bárbaro fanatismo de un magistrado, exponía la seguridad del ciudadano y la tranquilidad de las familias. Mi resolución es que a este hombre se le ponga un pleito civil y criminal en toda forma, y con toda la chicanería, enredo y trámites que presente la sublimidad del arte, y los respetables usos y fórmulas consagrados por la perezosa indolencia de algunos jueces. A la sombra de los tribunales, y con el inviolable pasavante del papel sellado, podremos calumniarlo, insultarlo y deshonorarlo del modo más impune; y tendremos la dulce satisfacción de que él, cuando menos pagará los costos y derechos que ocasionen la mitad de estos insultos; incolumidad la más lisonjera, y que no tiene equivalenté ni en los atroces privilegios del antiguo sistema feudal, ni en todos los arbitrios del diccionario de injurias. Es seguro que sus gastos excederán el valor de la casa que nos niega, y tal vez de todo su capital. ¿Y quién sabe si, como ya ha sucedido en otras ocasiones, conseguimos que nos haga donación de la misma casa por libertarse de las fatigas de un pleito? Desde ahora cuento como protector uno de los jueces del tribunal donde pienso demandarle, que es enemigo suyo, y cuyo respeto me valdrá mucho con los demás compañeros.

Jamás el gran Colocolo tranquilizó los turbulentos ánimos de los héroes de Arauco, como este hijo de Mercurio satisfizo y serenó con su proyecto aun a la misma Feliciano, que quedó convencida de que la empresa equivalía a un honesto asesinato. Precedidas varias conferencias se resolvió que para arruinar por los cimientos al buen Martín, convendría suspender la salida de su buque, para lo que pasó al puerto; y entre infinitos proyec-

tos de su fecunda imaginación, apenas podrá creerse el que eligió, el que fue admitido en los tribunales, y el que decidió de la vida de este infeliz, y de la miseria de toda su familia.

Es costumbre esculpir en las proas de los buques alguna figura al capricho de sus dueños, y lo era entonces de pasar un diseño de esta figura a los jefes políticos y militares de los puertos, para que por su inspección distinguiesen el buque y su propiedad. Martín había representado un tigre en el suyo; y al malvado agente le ocurrió acusarlo exponiendo en un lato escrito que aquella figura no representaba un tigre, sino un gato, deduciendo de aquí la presunción de mil delitos maquinado por Martín, como engaño de los jefes, el designio de dedicarse a la piratería en un buque desconocido, y otras tantas criminalidades confirmadas con un tejido de calumnias tan inverosímiles, que ellas solas bastaban para que los jueces hubiesen recusado semejante demanda, y castigado a su autor.

Diose traslado (Fabián te explicará ésta y otras voces de que necesito valerme), y entretanto se mandó suspender la salida del buque, como pedía el agente en un otrosí.

La rareza y calidades de este asunto le hacía independiente del departamento de marina; pero por casualidad se hallaban en el puerto los mismos jueces que debían juzgarlo. En el momento pasó Martín a hacerles presente que ya soplabla el viento favorable que debía sacarlo de la rada; que considerasen la extrañeza, inutilidad y malicia de aquella demanda; y sobre todo que ocurría la feliz casualidad de que con que solamente levantasen los ojos y los dirigiesen a su buque, reconocerían con evidencia la falsedad de su acusador, pues no era gato, sino tigre, y muy bien figurado, el que representaba su proa.

Fueron en vano los extremosos clamores de este infeliz. Sus jueces le contestaron, con inalterable indolencia, que era preciso contestase por escrito, y que se practicasen las diligencias y reconocimientos que exigía el formulario de la práctica.

Salió desesperado a formar un escrito, y a costa de vergonzosas y angustiadas dificultades, pudo vencer la resistencia de los porteros, la práctica erudición de los amanuenses, los golpes de los centineles, y otras infinitas humillaciones, hasta que lo puso en manos de sus jueces, quiénes a los dos días decretaron "que aquel escrito viniese por su orden".

Esta misteriosa cláusula significaba que lo acompañase con un poder a procurador del número, que lo firmase un abogado, que se entregase al escribano, que éste lo pusiese en poder del portero, quien lo pasaría a manos de los jueces. Por consiguiente, se vió precisado Martín a contribuir todos los derechos que corresponden a cada una de estas diligencias y ministros, y a esperar el transcurso de los días que debía demorarse, pagando entretanto los sueldos y mantención de la gente que montaba el buque. Vencidos quince días, pudo conseguir con su actividad que el portero pusiese aquel escrito en manos del tribunal, y obtuvo nuevo decreto en que se ordenaba que juntando el escribano este memorial al de la demanda, que se hallaba en la misma mesa de los jueces, se diese cuenta de ambos por el relator. Mil pasos costó al inexperto Martín saber últimamente que debía visitar a sus jueces para obtener el señalamiento del día en que el relator debía dar cuenta de su escrito. Seis mañanas enteras ocupó en allanar la visita de uno de ellos, y al fin lo consiguió en el feliz momento que introducían un perrito de faldas con que siempre jugueteaba aquel magistrado en su despacho. Expúsole con toda la vehemencia y aflicción que exigía su cruel apuro, las ruinas que le ocasionaba cada hora de tardanza en un buque puesto a la vela, sobre un ancla, y amenazado con los nortes del invierno; sus gastos y la deserción de la tripulación, etc., pero al fin sólo consiguió que le aconsejasen presentar un escrito, para que alegando estos apuros, se hiciese revisar su causa con preferencia.

Hubo de conformarse; pero entre-

tanto pasó un octavario de días feriados. En los doce siguientes faltaron dos jueces, y el resto de magistrados no se creyó en número suficiente de votos para ordenar que se apresurase aquel asunto, y se justificasen sus hechos. Al fin se halló completo el discaterio; pero los jueces concurrieron muy tarde, y a más ocuparon los nueve días siguientes en un acalorado acuerdo sobre cual de ellos debía subscribir con preferencia el papel de convite que hacía el tribunal para la función de honras de un ministro difunto.

Ultimamente llegó el día de la relación. Martín, a fuerza de gastos y empeños, pudo conseguir que el mismo capitán del puerto, de cuyo único testimonio dependía calificar y cerciorarse de las figuras que representaban los buques, viajase a la capital (donde había regresado el tribunal) para instruirle de la realidad de este hecho, y que se concluyese la disputa. Quiso pedir permiso para introducirlo a la sala del juzgado. Se le obligó a que lo pidiese por escrito; y presentado al respectivo memorial, se decretó "que de la vista de los autos resultaría la providencia". Aguardáronse ambos en el pórtico del tribunal hasta que se leyó este ridículo y pequeño asunto víctima de tantos pasos y fatigas. Habló el agente, y ultrajó en su alegato a Martín con tantos insultos, calumnias e indecencias, que seguramente no lo hubiera tolerado sin molerle a palos, no digo el ofendido, pero aun el más paciente propietario de una humilde y honesta casa donde se hubiesen proferido. Mas la fría indolencia e indecorosa serenidad con que lo permitieron los jueces aturdió a Martín y al capitán, inexpertos en las prácticas forenses.

Concluída la relación, creyó Martín que llegaba el fin de sus padecimientos, y que se informarían del capitán. Acercóse a saber la providencia; pero se le previno que aún debía extenderse; que entretanto era preciso pagasen sus derechos los dos contendores, y que si el agente no satisfacía los que le correspondían, tampoco se manifestaría el decreto

hasta su pago, sin embargo de las ruinas que ocasionase la demora; que en orden al capitán del puerto, éste debía retirarse, porque allí sólo se hablaba por escrito.

Una desgraciada casualidad quiso que en el acceso de desesperación que ocasionó a nuestro Martín este desordenado y arbitrario abismo de formalidades, se presentase el agente reproduciendo los insultos con que le ultrajó dentro del foro. Se acabó en un punto la ejercitada paciencia de este hombre honrado, y le descargó dos ejemplares bofetadas. Ocurrió al instante una caterva de amanuenses, compradores de papel sellado, etc., que formaron la mayor alarma sobre la violación del respeto a las oficinas. Un candidato de receptor avisó al tribunal, y por pronta evidencia se dispuso que Martín pasase a la cárcel.

Jamás el pincel de nuestros poetas representó al gran Pillán con aquella actitud risueña y serena, digna del sublime acto con que este rey de los dioses y alma del universo, calma las iras del cielo y las tempestades de la tierra, como se manifestó el alborozo y la dulce esperanza en el abofetado rostro de nuestro agente. "He aquí, dijo, una doble ganancia de mi negocio; y no cedería estas bofetadas por el regalo de mil pesos. Ustedes serán los testigos (convirtiéndose a la turbia mercurial) por cuyas aserciones me vea gloriosamente indemnizado. Nada ha valido, en comparación de este ventajoso suceso, el mejor estupro de mi Felicianá".

A ruego de Martín ocurrimos Andrés y yo a agenciar su libertad y continuar los pasos del proceso. Pagamos los derechos correspondientes al agente, que jamás quiso satisfacerlos, y al fin se nos hizo saber una providencia que ordenaba que "instruyendo la parte su recurso conforme a las leyes, ocurriese dónde y cómo le conviniera". Rogamos al relator que nos explicase cuál era la disposición del tribunal en aquel decreto; dónde deberíamos ocurrir y con qué solicitud. "¡Oh, señores! (nos contestó), cuando nosotros ponemos iguales providencias, es porque regu-

larmente ignoramos el fuero y la naturaleza del negocio. Pero aunque lo supiésemos, y aunque ustedes reclamasen con más súplicas que las que se exhalan en todo el purgatorio, no faltaríamos jamás al formulario usual. A mil escritos de esta naturaleza decretaríamos mil veces: "guárdese lo mandado; lo proveído en esta fecha; procédase con arreglo a las leyes", etc., pues protegiendo siempre la anti-gua y misteriosa ritualidad, se nos mira con un divinizado oráculo, en cuyas intrincadas respuestas se asila la ignorancia y la indolen-cia. Sin embargo, ustedes supliquen, y sin pre-guntar a dónde deben, o no ocurrir, insistan en que aquí se les juzgue, pues de lo contra-rio quedará reservado este negocio entre los procesos que deben sentenciarse el día del juicio final del género humano".

Observamos entretanto que esta providencia estaba firmada por aquel juez ene-migo de Martín, declarado por tal en una sen-tencia pública, y pusimos inmediatamente un escrito de recusación, acompañando la misma sentencia que le inhibía para los negocios de este amigo. ¡Pobre de nosotros que ignorába-mos el indecoroso y grave crimen que habíam-os cometido! Desde aquel día, se pusieron grillos a Martín, aunque jamás supimos quién había dado la orden.

Aunque nuestro tribunal era una comisión extraordinaria distinta de los tribu-nales corrientes, pero tenía su procurador pú-blico, a quien se dio vista de nuestra solicitud, éste, lejos de opinar, pidió los antecedentes. Después expuso que era muy dudoso corres-pondiesen a su ministerio los pleitos de proas y figuras; y que por consiguiente debía subs-tanciarse el artículo para consultarlo a la su-perioridad. En consecuencia de esto se pidió informe a cuántas oficinas y departamentos tenían nombre o relación con la marina, con-cludiendo con el que dieron los maestros ma-yores de pintura y escultura, todo dirigido a si debía o no recusarse un juez enemigo del litigante.

No podré explicarte cuántos pasos,

costos y pliegos de papel sellado nos costaron estas gestiones. Para cada una se sacaban des-pachos, esto es, grandes cuadernos, que conte-nían una larga ritualidad de palabras escritas en un papel cuya hoja cuesta siete pesos, y en que únicamente se decía que informase aquel encargado. Concluyóse a los cuatro meses este costosísimo ceremonial; y al fin se decretó: "que reservándose para la sentencia saber a qué tribunal correspondían las causas de los monos de las proas, preparase e instruyase Martín su recusación en forma".

Jamás el abismo de las ritualida-des nos dejó más asombrados y confusos; porque a vista de una sentencia superior que inhibía a aquel magistrado, ¿qué podrían exi-gir de nuestros jueces? Pero el escribano nos advirtió que debíamos formar otro escrito con las mismas palabras del anterior, deposi-tar una gran suma de dinero para que se rega-lase al juez recusado y otras personas, si de-cían que no era justa la recusación, presentar testigos, y sobre todo, sujetarse a la declara-ción que diese el mismo juez enemigo, que se-gún las leyes era la principal prueba para de-clararlo o no por contrario de Martín, y ex-cluído de sus negocios.

Ya se habían agotado los fondos de nuestro amigo. Su familia, que para auxiliar-lo y ocurrir a los costos del pleito, había ven-dido hasta la última alhaja, sólo se sostenía con los pequeños recursos de la caridad de Andrés. Suspendióse la paga de los oficiales y tripulación del buque, que siempre se mante-nía anclado; unos lo abandonaron y otros ro-baron cuanto encontraron útil; sobrevino un furioso norte, y hallándole desamparado, le hizo pedazos contra las peñas de las playas.

Entretanto ya se seguían tres procesos: el de la demanda principal, la causa criminal de las bofetadas, y la recusación del juez. En el pri-mero, nos habían puesto en situación que no sabíamos el tribunal donde ocurrir, ni como reclamar de los males y daños que nos ocasionaba su decreto de retención del buque. Por el segundo, estaba embarcado Martín y se ven-

dían sus bienes para costear las diligencias; pero el tercero nos dejó en absoluta imposibilidad de continuar por la excesiva suma del depósito ordenado. Tratamos de abandonarlo todo y reunir nuestros esfuerzos para sacar aquel infeliz de la prisión donde yacía enfermo más del ánimo que del cuerpo con el torrente de sus desgracias.

Constituídos en esta miseria pasábamos los días a las puertas de las oficinas, sin que se dignase contestarnos alguno de los miembros subalternos. Un mocito, que en el estado pudiente de Martín le llevaba las providencias y le hallaba (por medio de alguna gratificación) los procesos, que casi semanalmente se perdían, era el que más se mortificaba, despidiéndonos ásperamente a pretexto de las ocupaciones de la oficina. Hasta seis providencias se llegaron a notificar al procurador sin que nos avisase una palabra; y todas pasaban en autoridad de cosa juzgada por un frío decreto de los jueces, que dejaban impune tan criminal abandono de aquel ministro.

Al fin oímos decir que en un día de cada mes se juntaban los respectivos tribunales y comisiones a visita de cárcel, para examinar los motivos porqué estaban detenidos aquellos infelices, y determinamos presenciarla y reclamar la libertad de Martín. Desde la mañana nos fijamos a la puerta de la cárcel, donde creímos que concurrirían los tribunales; pero la compasiva risa de un antiguo criminalista nos desengañó de que era ilusión el nombre de visita, y que en sus mismos departamentos se debía verificar esta ceremonia, porque jamás vieron los jueces las atroces miserias de lo interior de aquellas mazmorras. Pasamos a la sala de despacho, y cuando creíamos que se conducirían allí los reos para examinarlos sobre los motivos de su prisión, vimos que en menos de un cuarto de hora se concluyó la diligencia reducida únicamente a presentarse unos hombres en ceremonia y con un papel en la mano, a quien se preguntaba por un reo, y sin explicar ni el tiempo de su prisión ni circunstancia alguna de su actual si-

tuación, se contentaban con saber el trámite o formalidad en que actualmente se hallaba la causa. Parte de lo que exponían era supuesto, porque estos instruidores eran los que menos sabían, ni habían visto jamás los reos; aunque poco se perdía en su testimonio, pues nada aprovechaba a los infelices que se supiese quién estaba en sumario, quién en prueba y quién en acusación, si no se tomaba algún eficaz interés en la conclusión de sus causas. Así fue que en aquel día oímos dar cuenta de uno que se hallaba con sentencia de libertad; y preguntado el ministro por qué subsistía en la cárcel, bastó que respondiese que "por falta de papel para notificar la providencia", y se pasó adelante. Se dijo de otro que hacía tres meses que no salía "porque le faltaban dos reales para enterar los derechos de su prisión"; de uno que existía en un presidio se dio cuenta que le empezaban a seguir el sumario. Generalmente bastaba contestar que tal o cual reo se hallaba en prisión por orden de otros jueces o comisiones, para que no se examinase ni la jurisdicción ni los motivos, ni el tiempo de aquel encarcelamiento. Finalmente acabó aquella ceremonia, sin hacerse mención de Martín. Cuando Andrés desconsolado ocurrió a preguntar al criminalista veterano (que nos acompañaba desde la puerta de la cárcel) por qué se pasaba en blanco el nombre de nuestro caro amigo: "Oh señor, le contestó, sin duda que Ud. ignora que aquí quedan olvidados más de la mitad de los reos que se dicen presos por comisiones, de quiénes ni se toma razón, y a muchos ni se sigue causa, y ni los jueces, ni ellos mismos, saben por qué están sumergidos en los calabozos. No se ignora que hay esta costumbre, pero los grandes tribunales destinados a la protección de la justicia y de la inviolabilidad personal no se hallan en estado de contraerse a tales pequeñeces, en el corto término de sus despachos entre los arduos negocios de la etiqueta y el torrente de ritualidades y fórmulas que absorben todas sus potencias. Si su destino y sus salarios son para poner decretos en pliegos de papel sella-

do, ¿por qué ha de exigir Ud. ese sagrado amor de la justicia, o caridad franciscana, para que con un cabo de vela busquen al oprimido en el calabozo, ni se metan a mortificar al malvado u omiso que allí lo sepultan? ”.

Continuaba entretanto la enfermedad de Martín, y un nuevo trámite del proceso acabó de postrarlo. Dispuso el gobierno que el capitán del puerto saliese en comisión a Europa dentro de ocho horas precisas. Su informe, como dijimos, debía decidir el hecho de la acusación de Martín; y más cuando sumergido el buque no quedaba otra evidencia. Ocurrimos a casa de los jueces manifestándoles la urgente precisión de este informe y de su consentimiento, pusimos un escrito para que se le mandase dar. ¡Cuál fue nuestro asombro, y la terrible angustia de Martín, cuando se nos leyó el decreto, que decía: “traslado a la otra parte, y fecho autos, y de su vista resultará la providencia”. Con este trámite marchó el capitán, sin informar, a las horas prefijadas. Sobrevinole a Martín un violento accidente. Hallóse a los dos días rodeado de su desolada familia, con grillos y en el suelo de un pantanoso, oscuro y asquerosísimo calabozo, donde habitaban y dormían más de cincuenta hombres, entre fascinerosos e inocentes. Lo agudo del mal no permitía lentos socorros, ni era posible aplicarle alguno provechoso en aquella horrible situación. Corrimos acompañados de su esposa a suplicar a los jueces se nos permitiese sacarle, bajo de seguras fianzas, ya fuese a nuestra casa o a un hospital: nos pidieron un escrito e informe del médico. Oportunamente el médico de la cárcel se hallaba con nuestro enfermo, y los jueces pasaban por la misma puerta. Les rogamos con los más ardientes clamores que evitasen aquella larga formalidad, que no permitía el mal, y entrase uno de ellos a reconocer al enfermo, y examinar al médico. Todo fue en vano, y se resistieron absolutamente porque no era costumbre, ordenándonos que cumpliésemos con lo prevenido.

No te omitiré aquí una reflexión

mía. Bien sabes que unas situaciones tan patéticas y apuradas conmueven y alteran irresistiblemente la humanidad; de suerte que aun cuando algún motivo de adversión suspenda la compasión, que es tan natural, se sustituye un movimiento de ira, ocasionado de la resistencia que hacemos a la piedad, ya sea el pretexto de la importunidad de los ruegos, o de la consideración del crimen. Pero nuestros jueces permanecieron tan fríos e inmutables, como si se hallasen en la serena cumbre del Olimpo; por lo que estoy convencido que en la larga judicatura regularmente se adquiere un hábito de indolencia, que si alguna vez puede ser útil para no precipitar los dictámenes, ni acalorarse en partidos, siempre es funesto por el desprecio que hacen de los padecimientos de los litigantes, y la falta de interés con que ven profanar la moralidad, la verdad y la justicia.

A la madrugada del día siguiente falleció Martín, y a las once del día ya habíamos sacado su cadáver de la cárcel, sin exigirnos alguna demorosa formalidad; hoy se ha enterrado. Sus hijas quedan acomodadas en el servicio doméstico de una honrada casa, y el generoso Andrés se ha hecho cargo de mantener a su esposa y a dos pequeñas criaturas. Es probable que muy luego queden huérfanas, con el torrente de aflicciones que ha pasado y se preparan al corazón de esta mujer digna de mejor suerte; porque ya sabemos que los fragmentos de hierro y madera que pudieron recogerse del buque, se destinarán para el pago de las costas de aquel execrable pleito.

JUAN EGAÑA

OSCAR SEPULVEDA

Lo encontré en una de esas viejas fotografías que saltan, de pronto, a los ojos, como surgidas del fondo de un viejo baúl. Está de pie, junto a D'Halmar y le ha puesto una mano sobre el hombro. D'Halmar aparece sentado, en la actitud todavía limpia del adolescente. Aun no ha emprendido la jira del mundo, y Calcuta está demasiado lejos. La cabeza rizada del autor de Nirvana, con el labio sombreado por un ligero bozo, contrasta con la del poeta Sepúlveda, cuyos ojos miran con asombro y cuya barba rubia cae sobre un ancho nudo de corbata. El brazo derecho de D'Halmar está apoyado sobre uno de esos muebles que parecen reclinatorios y que los fotógrafos del tiempo colocaban siempre delante de las víctimas como para sostenerlas en el trance de pasar a la posteridad. La mano de este brazo de D'Halmar se apoya, displicente, sobre el borde del reclinatorio o respaldo de ese arcaico sillón de terciopelo, sin brazal, que estuvo de moda hacia 1900. Esta fotografía fué dedicada por D'Halmar a Guillermo Labarca Hubertson —("A mi mejor camarada en efectos, en ideas y en tendencias")— y fue reproducida en 1932, en el Número 4 de la revista "Lecturas".

Oscar Sepúlveda tiene los ojos del asombro. El mismo asombro, sin duda, de los que han perdido el barco y se quedan en los muelles, huérfanos y solos para toda la vida. Porque esa fué la última aventura del poeta Sepúlveda. Iba en viaje a Guayaquil, tras de no se sabe qué fantásticas empresas, y henchido, como siempre, de esperanzas y mientras el barco descansaba unas horas en el muelle de Antofagasta, el poeta bajó a dar un paseo por la ciudad. Se distrajo, como era también en él la costumbre; encontró algunos

amigos, habló con ellos, de amor, de poesía, de mujeres, y de pronto, recordó que era hora de partir. Corrió como un loco hasta dar alcance a un coche. Los caballejos, azotados por el auriga, trotaron a través de las calles de la yerma ciudad del norte. Cuando descendió cerca del puerto y voló hacia el muelle, el barco no era más que una columna de humo que flotaba ya muy lejos de la costa. Estuvo allí, parado, sin comprender, un largo rato. Sus ojos se abrieron en el asombro. Los mismos de otro tiempo. Como si la fatalidad lo hubiera ya marcado... Los que vieron al poeta, no pudieron darse cuenta de nada. Sepúlveda había perdido el barco. Eso era todo. Sonrió luego, con una sonrisa triste, sin amargura y volvió a pie, lentamente, hacia el centro de la ciudad. Y allí se quedó hasta la partida de otro barco que nunca deja abandonados a los pasajeros... Todo esto ocurría hacia 1905.

Poco se sabe de la vida de Sepúlveda. No hay sino notas fugitivas de algunos versos y artículos que se encuentran en revistas y diarios. ¿Pero de qué poeta hay algo completo? ¿De qué escritor malogrado se pueden encontrar noticias exactas? Sepúlveda fué un poeta malogrado. Su vida se deshizo en la bohemia trashumante. No tuvo nunca reposo y nunca pudo asentar el pie en parte alguna sino por períodos muy breves. Estaba siempre partiendo hacia algún sitio, en el cual creía encontrar eso que ni él mismo sabía qué era. Labarca Hubertson, que le conoció desde los bancos del Instituto Nacional, dice de él lo siguiente: "Llegó a ser un personaje santiaguino que las jovencitas se mostraban con un guiño en los paseos vesperales de la Plaza de Armas y el seudónimo Volney con que se firmaba casi hizo olvidar su verdadero nombre. Contribuía a la creciente popularidad su estampa original: mediana estatura, bien formado, de clásico andar; una amplia

frente servía de friso a sus ojos claros y vivaces; su rostro pálido enmarcado en unas rubias barbas nazarenas, hubiérale prestado cierto aspecto místico, si su melena y el inclinado chambergo de amplias alas no evocaran el romántico poeta de las escenas de la vida bohemia. Y eso fué. Poseía un alma bohemia. No tuvo más guía que los zigzagueos de su imaginación caprichosa. Nunca supo de las materialidades del cotidiano condumnio; vivía de cualquier modo, cantando como un pájaro, feliz de echar al aire sus gorjeos y cierto de que para el día siguiente Dios proveería. Ni la figura trágica de una Mimí que cruzó brevemente por la existencia de este Rodolfo, logró asentar su destino".

Tod esto está escrito en unos recuerdos de Guillermo Labarca en ese mismo número 4 de "Lecturas".

En Antofagasta tropezó un día con Pezoa Véliz, amargo y sufriente, que andaba por allí en una jira de propaganda. Vagaron por las pampas pronunciando discursos y escribiendo para el pueblo explotado, en algunas hojas de vida efímera. Estaban ambos predestinados y con los dos la muerte iba a tener casi un mismo designio trágico. Pezoa al cabo de un tiempo volvió a Santiago y Sepúlveda se quedó en la tierra del salitre, ganándose como podía la vida. Una tarde, según se sabe, al salir de una reunión de obreros, una puñalada artera, le tronchó la existencia. Nunca se supo de donde salió aquella mano armada de un puñal. No era Sepúlveda un hombre para inspirar odios. Tampoco era un hombre pendenciero. Lo llevaron al Hospital de Antofagasta. Allí estuvo luchando con la muerte un largo tiempo. Fué vencido al fin. Pezoa le había precedido en la partida, desde un Hospital también, víctima de heridas que le causó el terremoto de Valparaíso.

Sepúlveda no dejó más que un montón de versos que nadie ha reunido y unos artículos escritos en el diario "La Tarde" de los hermanos Irarrázabal. También escribió artículos en "La Ley" de Palazuelos y además algunas comedias: "Salitre y Yodo", "18 de Septiembre de 1810" y algunas otras. Y nada más. Tres años después de su muerte, acaecida en mayo de 1910, "La Mañana" de Santia-

go, en su edición del día 23 de mayo de 1913, le consagró una página. Allí se publicaron artículos de Honorio Henríquez, de Luis Bettelini y versos de Samuel Lillo junto con algunos versos del poeta, Samuel Lillo lo evocó así en el comienzo de un breve poema:

*Con su gran chambergo bajo el cual caía
su guedeja rubia que de orla servía
a un blanco rostro de albura de nardo"*

Pero él fué un poco más seguro respecto a sí mismo. En su composición "Duelo Eterno", hizo su propio retrato.

*Proscrito que vas penando
sin saber dónde ni cuándo
habrás de plantar tu tienda,
consuélate que en el mundo
hay esperar más profundo
y hay proscrición más horrenda.*

Recordaba a Byron, a Musset, a todos los románticos, entonces en boga. Una simplicidad delicada abastecía este verso en el cual podía adivinarse toda la trágica desventura de un poeta, que, al igual de muchos de ese tiempo, careció de todo apoyo y de todo sostén. Era siempre el tono menor, la sordina de un corazón incapaz de levantar el acento de su amargura. Condenado a vagar de un punto a otro, sin reposo, llevando y traído por el dominio de la inquietud, no pudo lograr nunca la madurez lírica que le hubiera quizás, permitido dar a sus alas un ímpetu más elocuente. Pezoa Véliz, antes de su muerte había logrado definir su poesía, inclinándola del lado del pueblo. Alcanzó a madurar en esa voz autóctona, cuyo acento vigoroso resonará indefinidamente en nuestra lírica. Pero Sepúlveda tan andariego como Pezoa, tan inquieto como él no pudo definir exactamente lo que padecía en su interna naturaleza. Fue el amigo de todos los bohemios de aquellos años, casi todos desaparecidos en el turbión obscuro sin otra memoria que la que grabaron en el corazón de sus compañeros: Cabrera Guerra del cual sólo existe el recuerdo, Galo y Alfredo Irarrázabal que desaparecieron en la vida turbulenta de la política, Jorge Prieto Lastarria que fue a morir en Oruro, en la persecución del fantasma del

oro. Hicieron nido, indistintamente, en "La Epoca", en "La Ley", en "La Tarde" y en la revista "Pluma y Lápiz". Y no dejaron nada más que una obra dispersa, un manojito de versos perdidos entre las hojas amarillentas de los diarios.

Quien realice el estudio de aquella bohemia de fines del siglo pasado y de comienzos del presente, quien rastree las hojas polvorientas de los diarios y quien estudie

e investigue la vida de estos bohemios, de entre los cuales pocos se salvaron de la muerte total, encontrará algunos filones magníficos y algunas notas finas y puras, dignas de ser recogidas en un solo libro. La literatura chilena carece de estos estudios humanos a la vez que apasionados, de épocas o de ambientes, y en los cuales el lector, aún el más indiferente a tales disciplinas, entra con un respeto y una emoción estimulantes.

Domingo Melfi

DE REGRESO

El Sol. Una moneda pequeña, dorada y bruñida. Pero, ¡el Sol después y antes que todo el Universo! Un brillante medallón estampado en el espíritu de aquellos hombres que regresaban.

—Pasaremos por Júpiter —susurró Lucien Aubert desde el puente de mando, junto al amplificador. Pero su voz era suficiente para que se escuchase en toda la nave. "Lo siento", dijo para sí. También se encontraba invadido por la ansiedad de llegar a la Tierra.

Desaceleraban con cierta rapidez, ya que pronto traspasarían la órbita de Plutón, a unos seis millones de kilómetros del Sol.

—Asuntos de los médicos —explicó, mirando a James Taugther y Luigi Firenzi, en una semblanza de disculpas.

—¡Oh, sí! Ya sabemos que son ellos los que ordenan estas cosas. —La voz del ingeniero Firenzi trasuntaba desdén y resignación. —Pero, ¿qué dice usted, comandante? No es juego de niños, y nadie se va a morir con una impresión que...

El médico jefe Oliakov entraba en la cabina. Luego de echar una mirada en dirección de Firenzi, dijo:

—Y bien, comandante, es como si

fuésemos entrando en una barriada que nos era familiar. —Contempló el Sol lejano con las manos juntas bajo la barbilla. —Desearía excusarme, Lucien. Es posible que Firenzi tenga razón. Pero no puedo recomendar otra cosa luego de las desaceleraciones. Una mirada a Júpiter, una hora de descanso, y luego, lentamente, a casita...

El comandante Aubert no quitaba los ojos de los indicadores de compensación de desaceleración y antigravedad dentro de la nave. Cosa tantas veces probadas... No era necesario ser así de puntilloso. Pero, ¿quién sabe?

Suspiró. —Y bien; a Júpiter, pues. Después de todo, no es tan malo observar la cara de nuestro hermano gigante.

Y la verdad es que en el fondo de cada uno de ellos, que regresaban de un viaje portentoso a sistemas tan lejanos como una leyenda, durante un período incalculable, a velocidades cuyos términos físicos son reales sólo para las extrañas máquinas calculadoras, cada minuto, ahora que se encontraban a un paso del punto de partida, era como un inmenso vacío en el tiempo. La nave maravillosa, infatigable, cual cerebro palpitante en el vacío, indestructible y sabia, los llevaba en un

cabalgar dulce hacia el centro del sistema solar. Y por primera vez les era dable sentir la fatiga, una fatiga profunda u hermosa como algunos de los mundos originales que vieran ellos, ángeles privilegiados, por primera vez... Y esta fatiga les hacía compenetrarse de un sentido mítico de pequeñez, cual si representasen esporas de vida inseminando los abismos en un alarido alegre de inmortalidad mortal. Nada significa ser héroe, ingeniero, médico o paleontólogo. Eran seres traspasados de materia, pero capaces de crear vida con su propia vida en el seno del misterio de esta creación absurda...

El planeta de ciento cincuenta mil kilómetros de diámetro obstruyó la visión del Sol, cuyo círculo llameante hacía los ya proteger la vista. Describieron una órbita amplia alrededor de Júpiter, hasta emerger a la zona iluminada, encima de llanuras dormidas sobre las que flotaban los gases arremolinándose en súbitas trombas del color del jade, el coral y el ámbar. Pasaron sobre una cordillera cuyo perfil semejaba las fauces de alguno de aquellos seres mitológicos que les llenaran de pavor o asombro en mundos ignorados. Más allá descendieron, junto a las cúpulas construidas durante la exploración del planeta, y que no se ampliaron por las condiciones prácticamente imposibles de vida que allí existían.

Y así, los veinte fatigados viajeros que encabezaba Lucien Aubert, los modernos trotacosmos terrestres, enfundados en sus trajes espaciales y provistos de pulsos antigraavitacionales para contrarrestar la feroz atracción de aquel suelo extraño y seco, salieron de la nave y penetraron en el precario refugio humano.

"Dotación ausente", parpadeó la máquina de examen previo. "Ruégase presentar identificación".

—Lo imaginaba —dijo Lucien, utilizando el transmisor para que le oyeran, —demasiado quieto estaba todo aquí abajo.

Lanzó un pequeño impulso eléctrico hacia la máquina, que parpadeó: "Pueden pasar. Gravedad, presión y temperatura normales. Aire suficiente".

En el interior, una vez desembarazados de sus indumentarias, el grupo de pa-

leontólogos puso música y se apoderó de la misión de escoger alimentos y bebidas para sus compañeros. Karim Tajlel, el moreno hijo de Mesopotamia, lanzaba gritos de entusiasmo.

—Vean... Manzanas, uvas, naranjas, todo, todo fresco. ¡Oh, miren ustedes esta salchicha! Vamos, tendremos festín, ¿eh, doctor Oliakov, aguafiestas?

—Pues, de todas maneras, trate de no comer demasiado, y duerma.

Sin embargo, Oliakov sonreía. El mismo encontrábase traspasado de un espíritu de fiesta, como si aquello fuese una real celebración.

—¿Cuánto tiempo cree que permaneceremos aquí? —preguntó James Taugther. Traía brandy para el comandante y el médico.

—Bueno, si Oliakov no opina otra cosa, estimo que cuarenta y ocho horas es un plazo suficiente —dijo Víctor Medina, especialista en colapsos por descompresión y problemas similares.

—Sí, está bien —aprobó Oliakov, observando con interés a Luigi Firenzi que hacía señas al comandante desde un rincón del enorme salón de estar.

—Todo revisado, Lucien. No hay nada, ni un mensaje, escrito o audio-visual. Las máquinas sólo responden la información corriente.

Aubert se pasó la mano por la boca y meneó la cabeza. "Característico", pensó Firenzi, en forma automática.

—Supongo que está seguro, Luigi.

—Completamente. Por lo demás, usted sabe que la máquina de examen previo debió dar la información... si es que se la imprimieron.

—Es raro, más de lo conveniente. Acompáñame; deseo verlo yo mismo.

La base de exploración estaba vacía, excepto la presencia de ellos, como era natural. Había unos cincuenta camarotes individuales, en perfecto orden y equipados. La sala de biblioteca, los salones de juegos y diversiones de toda clase, el gimnasio, la piscina, la sala de audiovisiones... y la sala de máquinas y controles. Esta última medía unos quince metros de largo por diez de ancho, y

su altura era de cinco metros. Las máquinas pequeñas y regulares, se orientaban en el sentido que se deseara, con asientos para permanecer de pie o recostados. La alimentación era gravitatoria, aunque una suerte de suave murmullo indicaba que, para el caso de alguna falla, existía un reactor de buena potencia empotrado muy abajo de la sala. Lucien se acercó a la Informatrix principal y movió los controles. De inmediato la pantalla comenzó a reflejar aspectos de los alrededores de la base, mientras apareció la información de composición y temperatura de los gases exteriores, condiciones climáticas y ambientales locales, etc. Revelando cierta nerviosidad, Lucien la volvió a su posición inerte.

—Veamos aquí—expresó, y puso en servicio la Informatrix “Tierra”. La máquina permaneció muda.

—No la toqué, como es natural—contestó Firenzi ante la interrogación tácita del comandante. “Orden médica”, masculló en su interior con cierto rencor. —Pero esto, sí, es por completo fuera de lugar.

Lucien se dirigió al centro de la habitación y desde allí observó con una mirada circular. Era una sala ordenada en grado superlativo, de suaves colores, iluminación difusa aunque clara, con un leve olor de incienso. “Para los nervios y la vida solitaria”, meditó en forma impensada. De pronto sus ojos se inmovilizaron.

—Vea lo que nos dice esa Informatrix—. Indicaba con la mano hacia uno de los extremos. Allí se leía “Emergencia”.

La Informatrix parpadeó. Luego apareció una región desértica de Júpiter. El cielo era allí de un índigo intenso, casi negro. El desierto brillaba bajo el sol con relámpagos púrpura, y los gases se arrastraban sobre él cual muselinas volando desde un viejo desván. Lucien sintió agitarse su corazón.

—¿Lo ve usted también?—decía Luigi, y había bajado la voz que temblaba.

Era una ciudad, la sombra de una ciudad, o lo que fuera. Su silueta se destacaba con reflejos de bronce en sus torres y agujas que se elevaban hacia el espacio.

—Acerque la imagen y pida la po-

sición—. La voz del comandante era profunda como un suspiro.

El plano de la ciudad quedó más cerca, pero no demasiado.

—No se puede más señor.

—La Informatrix comenzó a parpadear las coordenadas que ubicaban el lugar indicado sobre la superficie de Júpiter. A ratos la ciudad aparecía suspendida entre los gases y la superficie por un insólito efecto de distorsión y colores, como una corola de pétalos inciertos.

—Se parece a...—comenzó Lucien, y se interrumpió.

—... Una ciudad terrestre...

Ambos hombres se miraron unos instantes. Luego el comandante tomó asiento frente a la máquina, apoyando los brazos en ella.

—No comprendo nada; por primera vez, en mucho tiempo. ¿Qué sucede con esta máquina? Nada responde; al parecer no hay emisiones desde la tierra... o no se reciben, quiero decir. Creo que usted tampoco se lo explica, Luigi. Usted es el experto en electroinformación, ¿qué me dice?

—No sé. He tenido poco tiempo, pero tiene razón en cuanto a que no hay lógica en el asunto. Presiento que no obtendré respuestas si examino los circuitos o los servo mecanismos. Pero si hay algo que debemos hacer...

El comandante sonrió por primera vez. —Demasiado tiempo juntos, Luigi; iremos allá, ¿verdad?

Volvieron al salón. La algarabía aumentaba. Habían bebido lo suficiente para demostrar su euforia con toda suerte de ruidos y gritos. Pero la actitud del comandante y del ingeniero Firenzi les acalló. Conocíanse demasiado, y la escueta información de Lucien Aubert terminó por despejarlos.

—Cinco se quedarán acá. Tomaremos la nave de exploración de la base y estamos todo el tiempo en contacto con ustedes. Equipo completo por supuesto.

—¿Armados?—inquirió Taugther.

Lucien tenía el ceño adusto. —Misión desconocida, maldita sea—masculló.

—¿Quién iba a esperar sorpresas, tan cerca de la tierra? ¡Maldita sea!

Y fueron quince fatigados viajeros, los ojos llenos de experiencia, desdeñosos, aburridos y sin embargo alertas, que recorrieron quince mil kilómetros —una bagatela— sobre el desierto inmenso entrecruzado de cordilleras de basalto y cuarzo, mientras cuatro lunas colgaban desde un cielo añil y topacio, blancas por el sol que las fustigaba con sus ondas de limón.

Una ciudad en medio del desierto, pegada a él, nacida de sus piedras azules y calcáreas. Se posaron en las afueras. Existía un límite preciso. A este lado las arenas calcinadas, los gases de amonio, el metano, los sulfuros vaporosos y su aliento corrompido y sutil. Del otro... la ciudad.

Caminaron con sus atuendos de hombre remotos y, de pronto, a fuer de vuelco increíble, calles tranquilas de quedos paseantes; una fuente murmurando sus aguas de céfiro, un mercado. Hombres, mujeres, niños de rostros dulces... Se agruparon, desafiantes y estremecidos.

—No es la peor sorpresa —pronunció Lucien, con voz ronca. —Recuerden cualquier episodio anterior.

Estaban detenidos en el centro de una plaza. Había pájaros en los árboles y un grupo de niños bajaba raudo por los deslizadores, y volvía a trepar. Otros se columpiaban con gritos de gozo que lograban escuchar a través de los cascos.

—Fíjese usted. Nadie nos observa. ¿Acaso no ven nuestras figuras de pobres clowns?

—Voy a quitarme esta escafandra miserable—. Oliakov se pronunciaba súbitamente en un extraño giro de las circunstancias.

—Usted no hará nada —ordenó el comandante, con un rugido curioso.

—¿Qué no? —. Y Oliakov se arrancó el casco en forma brutal.

Lucien fue a decir algo, pero ahogó un gemido. Oliakov gritaba.

—Por fin, ¡aire puro! Vamos; fuera esas máscaras putrefactas.

Por primera vez en mucho tiempo

la mente de Lucien Aubert estuvo pulsando el término insubordinación. Luego, cual si soñara, comenzó a despojarse de la escafandra.

—Vamos— fue la sola expresión que emitió. Y marcharon en una fila vigilante hacia el centro de la ciudad, que bullía plácida en su aparente burbuja de oxígeno. Nadie les miraba. A veces les saludaban sin asombro, más bien con cortesía. Persona alguna les observaba por segunda vez. Había vehículos y bicicletas, y bazares y tiendas y cafés con mesitas en las aceras y parroquianos disfrutando del sol... Largo rato caminaron sin detenerse, y de pronto estuvieron frente a los edificios oficiales y a los palacios suntuosos y todo aquello que les era familiar y conocido tanto como lo que vieran durante el recorrido y que les hiciera sentirse, de alguna manera, avergozados de las armas mortales que portaban. Subieron por las gradas de un castillo rosado. Los ujieres les abrían camino, indicando el aposento final, absorbidos sus pasos por una alfombra iridiscente.

Detrás del escritorio amplio el hombrecito se afanaba sobre los papeles, una pluma entre los dedos. Alzó los ojos, Púsose de pie.

—¡Oh!, de veras lo siento! No estaba advertido de vuestra visita; un error, sin duda. Pero ¡siéntense, por favor, caballeros!

Se expresaba en francés, un francés puro y cristalino. Movíase como un duende, con pasillos cortos y una sonrisa que descubría dientes amarillos y encías descomunales, conjugando de alguna forma con su calvicie.

Lucien se dirigió a él con impropia dureza.

—Dudo que alguien pudiese anunciar nuestra llegada —dijo con voz fuerte y, sin embargo, ansiosa. —Pero si hay algo que puede hacer, es indicarnos quién es usted, y a quién representa en este lugar.

El hombrecillo se aturulló. —Bueno, yo... mi nombre es Philippe Jaunette, para servirles. Estoy a sus órdenes... sí, sí... a sus órdenes, naturalmente. Soy el Edil Mayor en la ciudad, ¿saben? La han visto, ¿verdad? ¡Mi ciudad hermosa! y limpia, ¿eh?, muy limpia. Todos colaboramos... ustedes también

por cierto, ¿verdad?

Su rostro se cubría de rubor y una suerte de alegría infantil acompañaba la sonrisa y los gestos de sus manos regordetas.

—Señor Jaunette... muy bien. Hemos comprendido—. Aubert recuperaba parte de la frialdad oficial. —Ahora díganos a quién representa aquí en Júpiter.

¿Cómo diablos trasplantaron toda esta ciudad? Y la atmósfera de que gozan, gravedad normal y todo lo demás... ¡Vaya prodigio, señor Jaunette! Debe ser algo más que una bicoca lo que se gastan ustedes de energía. ¿Qué clase de experimento es éste?

Jaunette se demudaba. Oliakov sintió palpar sus sienas.

—Temo ... no sé. ¿Qué dice usted señor? Soy el Edil Mayor; ¿acaso no le agrada nuestra ciudad? Yo puedo ordenar...

—Nada de eso —interrumpió el comandante con una expresión helada. —Conteste lo siguiente: ¿qué hacen ustedes en Júpiter?

Los ujieres se asomaban a la puerta. Taugther, Firenzi, Tajlel y los otros dispusieron las pequeñas armas en todas las direcciones.

—Creo que debo darles alojamiento, ¿verdad? —. El hombrecillo estaba azorado, mas sostenía una calma tenaz en sus pupilas brillantes. Y, de pronto, dijo: —¿Júpiter? ¡Oh, usted bromea, amigo querido!

—¿Quién lo envió, quién es su jefe? —. El tono de Lucien era perentorio, Jaunette se turbó, pero su candidez o lo que fuera parecía invencible.

—¿A qué jefe se refiere? Nada malo, ¿verdad? ¡Oh, deben ustedes visitar la ciudad vieja! Es notable—. Y, sin transición: —¿Qué ocurrencia, ¿por qué habrían de habernos “enviado”? Me doy cuenta que son ustedes forasteros. ¡Eso es, qué torpeza! Bienvenidos... ¿Dónde está mi secretario? ¡Eh, Jorland, venga usted acá!

Un mozo joven, de cabellos rubios y porte erguido se asomó a la estancia. Sonreía con si hubiese motivos para expresar una felicidad manifiesta.

—Diga señor Jaunette.
Pero Taugther le cortó el paso asíen

dole con firmeza. El tono de sus palabras estaba cargado de una tensión imposible de eludir.

—Bien, Jorland. Cuidado con las niñas. ¿Cuándo llegó usted desde la Tierra? — Y enterró los dedos en el brazo del muchacho.

Jorland miró hacia Jaunette. —¿De qué habla, señor, deberá disculparme... ¿Entiende Ud. señor Jaunette?

Parecía desconsolado. Pero Taugther lo zamarreó sin compasión.

—Contesta... ¿qué hacen en Júpiter? ¿Qué significa esta historia fantástica de una ciudad empotrada en el desierto miserable? ¿Para qué tuvieron que transportar a millones? Dime, ¿acaso te gustaría que te golpeará?

La cara de Jorland reflejaba una perfecta aflicción. Jaunette estaba demudado. Sin embargo, se rehizo y golpeó las manos. Los ujieres se aproximaban portando bandejas.

—Cuidado con lo que hacen —advirtió Lucien.

—¡Oh! , ¿no aceptan ustedes alguna bebida? —y dirigiéndose a Taugther en su ve reconvencción: —Perdónelo; es un muchacho de talento.

Oliakov encogió los hombros. Cogió una bebida y se la echó al colete. —Algo así tomé yo una vez en París—. Su voz sonaba excitada.

El hombrecillo había abierto las ventanas. La realidad es que sus movimientos poseían cierta dignidad, una suerte de garbo difícil de definir.

—Pues bien, asímese usted— expresó, invitando a Oliakov con un ademán.

Lucien bebió junto a los demás. ¿Qué les ocurría para que estuviesen así, como desorientados, sumidos en una cierta irrealidad de la cuál él mismo, el comandante, intentaba sustraerse con todas sus fuerzas? Si esto era real, “¡maldita sea!” bien pudieron habérselo hecho saber, ya que lo probable era esta “recalada” en Júpiter...

El grito de Oliakov hizo saltar sus nervios:

—¡Vengan, todos ustedes! Yo lo decía yo, que me sentía como en mi casa.

Se precipitaron hacia el balcón, y miraron...

El río se deslizaba con la dulzura de los viejos tiempos, bajo los puentes grises de piedra cantera. Sobre la isla, que dividía la corriente en dos brazos azules, los edificios se apretaban en torno a la iglesia, las dos torres cuadradas, las gárgolas de sonrisa diabólica... El palacio vetusto entre la arboleda, junto a la ribera derecha; y, más allá aún, retazos de jardines entre los edificios. Y todo bulleante, los coches, los estudiantes, los gritos lejanos, los vendedores de libros y curiosidades junto a los muros del río... Los amantes, las mujeres hermosas, los hotelillos de ventanas estrechas... los tejados y las chimeneas...

— ¡Dios! —se le escapó a Lucien. Cerró los ojos y se apretó la cabeza. No podía ser... ¡París, "su" París, allí mismo, en su mano, en su corazón, en sus ojos que no se atrevía a abrir! Y sin embargo, estaba el sonido de risa y canto, la exclamación rauda, el olor de la miel y la lavanda que hería su olfato como una flecha mágica.

El movimiento general lo extrajo de su embotamiento. Allí iban sus hombres ganando la puerta, apresurándose... El hombrecillo Jaunette les miraba con cierto asombro, cortés, la bondad asomando a su sonrisa.

— Todos juntos, por favor —gemió Lucien. — ¡Aguárdeme, Oliakov!

Los ojos del médico brillaban intensamente. Parecía ebrio.

— Déjelo usted, Lucien. Sé lo que está pensando y ya no me importa. Si es verdad o mentira... ¡Qué sé yo! ¿Soy yo Oliakov? ¿Es ésta la Tierra o Júpiter, o lo que sea? Quiero vivir... vivir...

Las lágrimas corrieron por sus ojos y sollozó con suavidad. Llegaban junto al río, bajo el sol de mediodía, entre la multitud. Había una mezcla de Primavera y Estío, un ambiente de fiesta y de sazón. Taugther y Firenze, más adelante, habiáanse reunido con dos muchachas que portaban pequeños parasoles y reían. Un viejo ofrecía dulces bajo un terrado verde. Lucien pudo distinguir a sus hombres que iban en igual dirección, enfundados en sus trajes espaciales verdosos, estrechos como una mortaja. Allí muy adentro de

su espíritu un jirón de susurro imploraba su propia realidad, su responsabilidad por aquellos seres que dependían de él, con quienes debía regresar hasta la... ¿Qué era aquello, que envolvía su inteligencia pero que penetraba como un soplo cálido en su corazón? Casi sin pensarlo, él y Oliakov estuvieron charlando con dos niños.

— Hola ¿vienen del colegio?

— Claro que sí, señor. Pero vea usted, a Michel le van a castigar porque no llevó...

— Cállate, idiota. No le crea, señor. Lo dice porque las matemáticas no le entran en la cabeza.

— Escucha, niño, ¿te gusta mi vestimenta?

— No sea tonto —susurró Oliakov. Pero el niño contestaba.

— De veras es bonita. ¿Dónde puedo conseguir otra igual?

— Sólo la utilizan los astronautas. Dime ¿te gustaría ser un viajero del espacio como yo?

— ¡Oh, sí señor! Pero ¿adónde se puede ir por el espacio?

Lucien miró los árboles bruñidos de esmeralda obscura, el aire azul y tibio, las suaves arcadas del puente...

— ¿No sabes tú que muchas naves han partido desde aquí a explorar otros soles y otros mundos?

Los muchachos se miraron. Uno de ellos sonrió.

— Es posible. Me gustaría saber si encontraron algo.

En ese momento Oliakov tomó a Lucien de un brazo y lo arrastró por el puente hacia el otro lado del río. Como un milagro, allí estaban, en un café, Thomas, Medina, Taugther y Firenze, Tajlel y los demás. Charlaban con hombres y mujeres, con ardor, como embriagados, y Lucien sintió correr las lágrimas por sus mejillas. Experimentó un roce y el calor de una mano.

— ¿Qué le ocurre?

Sí. La mujer se veía tan real como el río y las flores, los ojos castaños con una interrogación y una sonrisa. Se limpió las mejillas

llas con el dorso de la mano.

—Estoy nervioso —dijo tontamente— ¿Qué quiere usted, con su ciudad salida del aire? ; y estos camaradas que olvidan cuánto tenemos que realizar aún...

La mujer movió la cabeza. Sus labios se adelantaron en un mohín de negación. —¿Vale la pena tanto afán? Invíteme un café y cuente algo divertido.

Lucien quedó mudo mientras la bebida llegaba. A su alrededor escuchó las conversaciones de sus compañeros, tan distantes, triviales hasta un grado increíble. Sin transición dijo:

—¿Dónde vive usted?

Ella lanzó una risa como una campanada. —Me alegra que le interese. Es al otro lado, en la “rue” Carnot.

—¿Qué hace, dónde trabaja?

—Bien, señor. Es todo un interrogatorio. Soy vendedora en una librería, allá en el boulevard de los italianos. Hoy es mi día libre. Y es un hermoso día para estar junto a Sena. ¿No lo cree así?

Lucien sentía que se ahogaba. Bajó la voz.

—Escuche, ¿cómo dijo que se llamaba? ...

—Madeleine.

—Escúcheme, pues, Madeleine.

¿Cree usted que estoy loco?

—¿Por qué habría de estarlo?

Los dedos febriles de Lucien asieron las muñecas de la mujer.

—Madeleine... ¿De dónde vienen ustedes, qué sucede aquí? Por el amor del cielo o del infierno, ¿quién trajo hasta acá esta ciudad inmensa, sus calles, sus millones de hombres y mujeres? Por favor, no me mire así. Es muy importante, demasiado importante. Escúcheme bien. Mis compañeros y yo... regresamos de muy lejos, de las estrellas. Estuvimos mucho tiempo por allá. Pero allá el tiempo transcurre lento. Hace diez años terrestres, ¿entiende usted?, diez años que salimos de la Tierra... ¡Oh!, ¿ha logrado comprenderme? ¿Qué hacen ustedes en Júpiter? ¿Por qué construyeron, o lo que fuese, esta copia exacta de París en este desierto, y la poblaron?

De nuevo sus ojos aparecían arrastrados por las lágrimas.

—De veras se encuentra usted cansado —se compadeció Madeleine. —Hace demasiadas preguntas, tantas, que no puedo entenderle bien. Me pregunto si bajo este sol es preciso hablar de todas esas tonterías que hacen pensar. Además París es París. ¡Bah! Todo lo demás es ridículo.

—Entonces, ¿dónde vivía “antes”, Madeleine?

Ella gorjeó una risita de desafío.

—¡Qué pregunta! Naturalmente, nunca me he movido de París.

Un hombre se acercaba dando zancadas, el cabello rubio y el rostro ruborizado. Era Jorland, el secretario de Jaunette. Se detuvo junto a las mesitas y saludó con ceremonia.

—Perdonen ustedes, no deseo interrumpirlos. Pero el señor Jaunette me ha enviado en forma urgente a decirles que, como Edil Mayor de la ciudad, ofrece a los forasteros habitaciones por el tiempo que deseen. Y, si van a permanecer en la ciudad, puede dar trabajo a los que así lo pidan.

La aprobación resonó con estruendo en el cerebro de Lucien. Sabía que en el lugar de ellos habría hecho lo mismo. Sin embargo, era el comandante.

Jorland se alejó luego de algunos detalles. El sol declinaba levemente. Un policía caminó frente a ellos. Lucien se puso de pie y se acercó a él. El policía le observó con curiosidad.

—¿No encuentra extraña mi manera de vestir? —. Fue todo lo abrupto que pudo.

—No, señor. ¿Desea usted algo?

—Que me diga qué ha venido a hacer a Júpiter un policía estúpido.

El hombre pestañeó pero tuvo una sonrisa.

—Usted está de bromas pesadas. Seguramente es un turista. Pronto aprenderá a resistir el vino francés, señor. Buenas tardes

Oliakov echó una mirada hacia la figura solitaria de Lucien. Meneó la cabeza, se levantó de la mesita a la que se sentaba y vino a tomarle por un brazo.

—Olvídese de lo demás. Sueñe, co-

mandante Aubert, que es tan bueno como cualquier otra cosa. Y éste es el mejor sueño que he tenido en mi vida.

Lucien maldijo en voz alta. —Sí. Pero si esto es un sueño, yo me vuelvo a la realidad. Vamos. Llámelos a todos que volvere - mos a la base.

—Intente hacerlo, si lo desea, —dijo Oliakov. De pronto su tono era sombrío.

Lucien se aproximó al grupo que bebía, charlaba y lanzaba risotadas. Puso en su voz toda la frialdad del mando.

—Vamos, de pie. Volvemos a la base.

Se dieron vueltas hacia él, los rostros desdeñosos sorprendidos.

—Usted está loco. ¿Por qué no se sienta y pide alguna cosa?

Pero otro dijo: —Váyase de paseo, comandante Aubert. No tiene nada más que hacer aquí, excepto si es un buen camarada y se sienta un rato a charlar. ¿No escucho el recado de Jaunette?

Luego le dieron las espaldas, pues el asunto había perdido interés para ellos. Oliakov le miró.

—Me marchó —dijo Lucien. —Quédese con ellos, si lo quiere.

—No sea terco, Lucien. No puedo entenderle ya.

—Y yo no lo comprendo a usted Oliakov. Todos mis sentidos me piden que permanezca aquí, como a usted y a los otros. Yo no puedo, y usted lo sabe... ¿Adiós, Oliakov?

Comenzó a caminar hacia el puente. Llegó a él y lo atravesó. Iba penetrando al palacio de Jaunette cuando Oliakov le dio alcance.

—No puedo dejarle solo —dijo, sencillamente.

Tomaron sus cascos y luego un vehículo les condujo por la larga ruta hasta el lugar en que entraran en la ciudad. Salieron de ella.

De pronto el desierto reseco, insensible. Los gases de violeta rutilante y carmín envolviendo las piernas y flotando en volutas graciosas. La nave... y la silueta de la ciudad como una quimera en la bruma venenosa.

Se elevaron y pusieron rumbo a la base. Oliakov escuchó el profundo suspiro de Lucien, y la pregunta que vino en seguida.

—¿Qué le parece? ¿Hay alguna razón?

—Sí. Creo que me sucede lo que a usted. Ahora soy otra persona.

—¿El aire, o lo que sea que respirábamos “allá adentro”?

—No sé. Puede ser eso, también. Si me asegura que lo soñamos estaré de acuerdo. Pero, ¿y los otros? ¿Y qué les diremos a la gente que dejamos en la base?

El comandante se expresó con amargura. —¿Qué otra cosa se le ocurre que la verdad? Lo cierto es que no nos creeran. ¿Qué más da?

Fuera lo que fuese la idea que se formaron del relato, los cinco que quedaron en la base no hicieron comentarios. Desde ese instante una inquietud sombría reinó sobre los siete exploradores del espacio, mientras se entregaban a preparar el regreso a la Tierra. Porque la decisión de volver fue inmediata y inánime.

Y así, la gran nave silenciosa y sabia se internó en el espacio interplanetario aproximándose a la Tierra, envuelta en su bruma de agua y oxígeno, verde y pletórica a sus ojos alucinados. ¡Diez años terrestres! Sólo comunicaciones oficiales hasta el límite de las condiciones para recibir, y luego la nada, por todos esos años. Ahora nadie les contestaba, probablemente por desconexión de las máquinas escuchas. No se esperaba aún el regreso. Penetraron lentamente hacia el espacio terrestre, cuando la pequeña Informatrix de emergencia parpadeó las primeras señales. “*Desvítese hacia la tierra firme. Evite la proximidad del océano*”

Pronto estuvieron sobre Europa. —Iremos directamente a París— informó Lucien Aubert, que se había hecho cargo de los controles manuales.

La Informatrix parpadeaba... “*Peligro*”... “*Peligro*”... “*Peligro*”... De pronto estuvieron sobre un París cubierto de brumas mientras la Informatrix enmudecía. Descendieron a través de las nubes, con lentitud Lucien sentía cómo el pavor que estaba expe-

rimentando era el mismo que hacía temblar a Oliakov y a sus acompañantes.

Y entonces “*vieron*”... las ruinas negras, las piedras calcinadas, la tierra arrasada cual si una oruga gigantesca como una montaña hubiese arrancado lo que allí existía, y aplanado luego la tierra y las ruinas. Un arco semi-hundido entre el agua sucia, fangosa, denotaba el lugar en que alguna vez existió un puente que unía la ribera con la isla de “*La Cité*”. Los pequeños instrumentos de medición indicaban las emanaciones siniestras que aún desprendían aquellas osamentas que construyeron la gloria entre las creaciones de la raza humana, la ciudad más bella del mundo... París.

Fueron sobre Inglaterra, Alemania, Rusia. Luego sobre América, Asia, Oceanía. No había ciudad importante, sólo villorrios desnudos. La vegetación había muerto por completo. Todo era desierto ardiente o sabanas cuniertas de hielo. La Informatrix volvía a parpadear. El mar era el más grande de todos los depósitos de veneno. Nada podía vivir allí.

Dejaron inmóvil la nave a mucha distancia sobre la tierra. No hablaron en horas. Los ojos secos, las mentes vacías, mucho más que expatriados, huérfanos de una raza maldita y suicida.

Luego, solos en la pequeña cabina, las pupilas de Oliakov empezaron a encenderse de una pequeña fiebre.

—Lucien —susurró. —París.

Aubert despertó de su letargo.

—¿Qué quiere decir?

—Aún nos queda París, Lucien.

El silencio se extendía como una muerte lenta.

—Eso no es más que una ilusión— dijo Lucien, con infinito cansancio.

—No; escuche. Puede ser que me esté volviendo loco. No sé; pero tengo una idea de lo que ocurre. Es una idea absurda, mucho más que increíble. Pero lo único que puede “*explicar*”, si es que “*explicar*” es aplicable. Nuestro cerebro no es suficiente para tal complejidad.

—Usted tiene fuerza para meditar. Pienso en lo único que se me ocurre: morir.

—Intente atender a mis palabras.

El comandante volvió la cabeza sin fuerzas. —Le oigo, Oliakov.

Oliakov se frotaba las manos. Los colores volvían a él. Hesitaba, y a sus labios pugnaba por asomar una sonrisa de aliento.

—¿Ha deseado algo intensamente una vez en su vida, Lucien?

—Sí. Morir. Y ahora.

—Déjelo. Usted puede querer algo de tal manera que a veces lo transforma en vencedor de antemano. Y también puede morir, si esto realmente se desea. He visto casos.

Se detuvo. Era presa de una ansiedad febril. Bajaba la voz.

—Fíjese. El mundo fue destruido ¿Qué sucedió antes del minuto, o las horas mortales? ¿Qué cree usted?

—Todos se prepararon para morir.

—Usted acierta. No podían hacer otra cosa. Pero podían desear. ¿Me sigue?

—Continúe.

—París tendría... digamos quince millones de habitantes, después de la descentralización. ¿Qué hacían estos seres horas antes de la destrucción?

—Rogar por que no ocurriera el holocausto.

La respiración de Oliakov se hizo más rápida y profunda.

—Y bien, ¿no ha comprendido, Lucien? Piense usted. ¡piense! Millones de cerebros rogando, soñando con una liberación, “*algo*” que salvara sus vidas, su “*modo*” de vivir, deseando, deseando con una fuerza desconocida una misma cosa, uniéndose, transmutándose en un solo y gran cerebro, deseando, implorando, llorando... ¿No comprende, Lucien, aún no comprende?

El comandante se había erguido. Un escalofrío bajaba desde la nuca y recorría los nervios de todo su ser, horripilándole. Terminó de ponerse de pie. Sus ojos relucían casi como los de Oliakov.

—¿De manera que usted cree... que usted quiere decir...?

—...Sí, Lucien. Los espíritus se llevaron a la ciudad. No a la ciudad “*física*”, piedra por piedra. Se llevaron también lo que puede llamarse “*el espíritu de la ciudad*”.

Y todos viven allá...

—Pero eso sería como... como el Paraíso...

—¿Y por qué no? "*Vitam Eternam*", Lucien. Un Paraíso en que harán la vida común de alegría y sufrimiento que tuvieron realmente sobre la tierra... y que les hacía felices, a su manera.

Lucien le miraba alucinado.—¿Y Londres, y Tokio o San Francisco?

Esta vez Oliakov sonrió con tristeza. —Podemos pensar que también tienen su "*Júpiter*", ¿por qué no?

Lucien meneó entonces la cabeza. —Ingenioso —dijo— pero no es más que una ilusión. Ni eso, tal vez un sueño raro.

—¿Y nuestros compañeros?

—¿Qué sabemos? Muertos en el desierto de allá arriba, quizás.

Oliakov se aproximó a Lucien y puso un brazo sobre el hombro de su amigo. —¿Qué otra posibilidad cree que tenemos, aparte de la fe?

Quedaron en silencio. Por fin, dijo el comandante:

—¿Y en qué nos convertiremos en tal caso? Aún somos hombres.

—Yo se lo diré. Luego de morir, si lo desea con ellos, seguirá allí su espíritu.

Los hombros del comandante se empequeñecieron.

—De todas maneras gana, Oliakov. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Vamos allá, pues.

Diéronse la mano espontáneamente, sin decir palabra.

La nave, cual grácil gaviota del vacío, retomó el rumbo hacia Júpiter bajo la luz brillante de las estrellas que gastan locamente su energía a través de la eterna noche del espacio. Los hombres, graves y silenciosos, partían una vez más en busca de una quimera. Esta vez, sólo ellos quedaban.

La realidad de las quimeras está en la fé.

ANTOINE MONTAGNE

ERCILLA POLEMISTA EN VERSO :

Juan Rufo, autor del poema heroico "*La Austríada*", escrito en loor de Juan de Austria, y de los más famosos que conocidos "*Apotegmas*", así como un pintoresco, picaresco y trajinante él mismo, dicen que no pudo ver con buenos ojos y oír con buenas orejas los elogios que se le tributaban a nuestro Alonso de Ercilla y Zúñiga. Tal cosa llegó a su colmo cuando el cantor de "*La Araucana*" publicó la tercera y última parte de su obra, adjuntándola a las otras dos en la edición de 1589.

Ni corto ni perezoso el Jurado de Córdoba le endilgó un anónimo y manuscrito soneto. Añade Rafael Ramírez de Arellano, en su libro: "*Juan Rufo, Jurado de Córdoba*" (Madrid, 1912), del cual tomamos esta anécdota: "Al llegar a manos de Ercilla se le revol-

vió la bilis al guerrero poeta y escribió otro, contestación en los mismos términos groseros y sucios del de Rufo, creyendo tal vez pudiese ser el soneto de la persona a quien se le atribuía (el Condestable de Castilla); pero, a los pocos días, conoció al verdadero autor, y le dedicó un soneto tan agrio y amenazante, que dejaría al pobre cordobés en muy desairado lugar y harto corrido".

Estos tres sonetos, el del Jurado y los dos de Ercilla, se guardan manuscritos en la Biblioteca Nacional de Madrid, en el código M. 152, página 161, con este epígrafe: "Sonetos del Condestable de Castilla y del jurado de Córdoba contra "*La Araucana*" de don Alonso de Ercilla".

Damos los tres a continuación.

"Del Condestable de Castilla a la tercera parte de "*La Araucana*".

SONETO

Parió tercera vez la vieja Ercilla
y hurtaron el oficio a la partera
dos damas, un marqués, Porras, Mosquera,
los más altos yngenios de Castilla.
Hizo y no sin razón gran maravilla
ver que parió esta dama una chimera:
Fenicia lusitania yndia más fiera
que los orrendos monstruos de Padilla.
Hallóse al parto Marte furibundo
y el lividino amor que injustamente
ymputó a doña dido el mantuano,
tembló tanto del caso todo el mundo,
que a España ynficionó súbitamente
peiéndose de miedo un araucano.

ERCILLA

Demos gracias a Dios que ha probeído
personas que con tal cuidado y veras
examine los partos y parteras
como y cuando las veces que han parido.
Preciase de poeta y de leído,
es gran componedor de obras rateras,
y en especial en copias pedorreras
se muestra aquí elegante y resabido.
Es mordaz mofador ejecutivo,
es a su parecer gran cortesano
en las cosas de burlas y de juego:
tiene el sentido de oler tan vivo
que peyéndose en Chile un araucano
el pedo en las narices le dio luego.

Decid que es cosa y cosa que ha sacado
un soneto sin son un chocarrero.
Charlatán vagamundo y gallofero
y con ser calabaza muy pesado.
Gran necio de repente y de pensado
hablador importuno palabrero
que con solo llamarle majadero
apuesto que direis que es el jurado.
Diganle que un espíritu le avisa
no se meta en demandas ni respuestas;
en si el palo fue nebro o fue menbrillo.
Deje estar la Araucana y a fe mía
guárdese no le llueva el nebro a cuestras
y el vacío le mida al colodrillo.

Sin embargo, sería Cervantes el que diría la generosa palabra final, uniendo a ambos, más a Cristóbal de Virués, en el común renombre de su Quijote:

—Que me place —respondió el barbero—. Y aquí vienen tres, todos juntos “La Araucana” de don Alonso de Ercilla; “La Austríada”, de Juan Rufo, jurado de Cór-

doña, y “El Monserrate”, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

—Todos esos tres libros —dijo el cura— son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

B.A.

CORTESIA

Resultaba un curioso embajador de sí mismo, pues lo íntimo, aquello esencialmente suyo, estaba escondido detrás de su extraordinaria cortesía y de sus modales suaves:

—Permítame que lo felicite y le desee la mayor ventura en este día especial para usted.

Se aferraba a uno, y sus palabras, pese a la intención cordial, eran inquietantes y constituían casi un cargo:

—Permítame que lo felicite.

Sus ojos cansados, un poco acuosos, tenían una resignada actitud neutra como de espera.

Se le agradecía debidamente la gentileza y él regresaba a su alto pupitre a trajar unos papeles de los cuales parecía alimentarse.

A pesar de no ser tan viejo y de poseer una figura común, daba la sensación de ser de otra parte, de otro tiempo, como ese personaje fabuloso dormido largos años a causa de un hechizo y que despierta de pronto a un mundo desconcertante.

Me intrigaba ese hombrecillo singular. Era casi imposible atribuir su conducta a puro artificio. Su actitud debió tener una raíz más honda, pues debajo de su personalidad ostensible yo intuía otra más privada, íntima, dueña, tal vez, de alegrías, de anhelos y hasta de una cólera propios. Con frecuencia salíamos juntos de la oficina; caminábamos en silencio.

—¿Cree usted que se habrá molestado el jefe por mi atraso en confeccionar las planillas?

Mirábame con sosegada desesperación, sonriendo vagamente. Yo me esforzaba por restar importancia al incidente, sin lograrlo del todo.

A veces se detenía frente a un escarapate y me enseñaba un par de guantes, una corbata o cualquiera otra chuchería.

—Es bonita, ¿verdad?

Miraba con singular atención.

Su interés me parecía desproporcionado, y los objetos de su predilección, incompatibles con su carácter. Un día le pregunté si le agradaban mucho. Mi pregunta pareció desconcertarlo. Me miró con sus cansados ojos parpadeantes:

—Tengo un hijo, ¿sabe? ; a él le gustan estas cosas.

Y luego, como si deseara ocultarlo, comenzó a hablar de asuntos generales.

Con el tiempo, nuestras salidas, se hicieron habituales y comenzó entre ambos una curiosa relación transeúnte.

Lentamente fue cediendo su reserva y su conversación se hizo más confidencial.

Había tenido, después de todo, una infancia en cierta caleta del norte soleada y fresca. Su padre era dueño de un pequeño astillero; allí el mar era tibio y las mañanas transparentes. Había también una lancha semi hundida en blanquísimo banco de arena y, naturalmente, una caverna donde él y otros niños, desaparecidos hacía ya más de treinta años, guardaban un tesoro. Las calles era íntimas como casas y el pueblo constituía una familia.

Su voz adquiría seguridad y, detrás de sus ojos y de sus palabras, se divisaba la sombra de algo marítimo, soleado y juvenil.

Aquí todo era distinto; el mar, sucio y quieto, estaba envilecido por la industria humana; las gentes eran duras y frías y él mismo había sido modificado; allá, en su pueblo natal, era de piel clara, aquí todo el mundo lo encontraba moreno. Esto le resultaba

inexplicable. Se sorprendía bruscamente en medio de su monólogo y, rogándome con sus mejores maneras excusara sus divagaciones, se colocaba su actitud remota como quien se pone una armadura.

Una vez lo encontré comprando delicados entremeses en un establecimiento de lujo. Se sintió un tanto cohibido; me saludó, sin embargo, afectuosamente con su manera indecisa.

—A mi niño le gustan estas cosas —me dijo de pronto, con ligero aire de reto, respondiendo a una pregunta que yo no había pensado formular.

—Niño mimado —murmuré yo—; debe sentirse feliz con un padre tan cariñoso.

Me miró como si recién me descubriera:

—No es un niño mimado; está enfermo.

Tuve la impresión de haber cometido una torpeza inexcusable.

La gente continuaba cumpliendo años, obteniendo ascensos, casándose.

Mi amigo seguía cumplimentándolos con su desconcertante cordialidad.

Los agasajados agradecían por fórmula y, a sus espaldas, colgábanle motes risibles:

— ¡Vaya un viejo ridículo!

Un día lo sorprendí vacilante frente a su escritorio, mirando sin ver, mientras se despojaba mecánicamente sus gruesos guantes de lana. Me acerqué a saludarlo.

Sin responder me dijo con suavidad, hablando para sí:

—Mi hijo se agrava.

Luego comenzó a sentarse lenta y cuidadosamente, como si temiera distraer su dolor.

El resto del tiempo se comportó como un sonámbulo.

En las primeras horas del día siguiente supimos la noticia: su hijo había muerto.

Resolví visitarlo. Habitaba una ca-

sa pequeña, limpia, decorada sin ilusiones y, a la sazón, tan ostensible como si en ella se celebra una subasta.

Me recibió con aire distraído, pero eficiente. Le expresé mi condolencia. Movié la cabeza en forma vaga. Luego limpióse el cuello con un pañuelo diciendo con aire molesto que sentía un calor insoportable. Con esa extemporánea reflexión sobre el clima demostrábase, al parecer, la posibilidad de sentir nuevas molestias, de estar vivo todavía.

La casa estaba invadida por esa gente brotada no sabe uno de dónde, presente siempre en los velorios y que da la sensación de ser suministrada junto con el servicio por la propia empresa funeraria.

Se alejó para atender algunos encargos. Sorteaba muebles y personas con extraña soltura, con una agilidad casi alegre, incompatible con las circunstancias.

Por una piadosa limitación de su conciencia, el dolor que lo aquejaba estaba sepultado pero presto a surgir apenas cesara el ajeteo administrativo y social de la muerte.

Me divisó de nuevo. Lentamente se fue acercando. Colocóse a mi lado y comenzó a mirar en torno suyo con extrañeza, frunciendo el ceño. De pronto, en su rostro consumido, la costumbre comenzó a dibujar una mascarilla cortés de sus días habituales y, con la misma cordialidad y orgullo de un coleccionista que exhibe a un huésped importante su pieza más valiosa, descubrió la faz del niño y me dijo:

—¿Quiere verlo?

Carlos León